

Es verdad que como separados del seno de la verdadera religión, fuera del cual nadie puede salvarse, hicieron sus virtudes infructuosas para sí mismos. Aisladas sus buenas acciones en el orden natural, desnudas de fe y caridad, no pasaron de virtudes morales; de consiguiente, no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué, en primer lugar, por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino porque naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfacción que experimentaban cuando hacían algunas obras buenas, y tal vez por lisonjearse con la brillante reputación que éstas les granjeaban. Sin embargo, la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio, si no hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni éstas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado si no hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decálogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

Si esto es así, es necesario confesar que ni pudo ni puede haber hombres de bien en el mundo, sino arreglándose á la pauta de estos preceptos divinos. La digresión ha sido larga, pero yo la he juzgado importante para tí.

—¡Y como que lo ha sido, papá! dijo Pudenciana. Yo antes de ahora pensaba que todos los que no eran

católicos eran sacrílegos, vengativos, avaros, crueles, en una palabra, libertinos y viciosos hasta el extremo. Pensaba también que los que nacieron antes de la venida del Mesías no tuvieron ni pudieron tener ninguna idea acerca de la Deidad suprema, y se me había olvidado que ya me habías dicho que muchos paganos sabios, aunque en lo exterior fingían creer la pluralidad de dioses que veneraba el pueblo, en lo interior conocían que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos ó reyezuelos celestiales. Por último, pensaba yo que se podía ser verdadero hombre de bien en el mundo, sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna; pero ya veo que el que aspire á este título de honor ha de guardar estos diez preceptos; menos, no hay tal hombría de bien ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos documentos, y te suplico que me des otras señas más claras para distinguir á los hombres honrados de los que fingen serlo; pues ya tú ves que no es fácil andarles á todos á los alcances para ver si guardan ó no los mandamientos, y sería muy oportuna una señalita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡Oh, cuánto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido! Pues, digo, allá á las que piensan en casarse.

—Y á tí también te servirá si pensares en eso alguna vez, dijo el coronel; pero aunque ya sé cuál es

la seña segura que tú quieres, temo decírtela porque no vayas á querer experimentarla por tí misma.

—¡Ay, papá! pues si es segura, ¿qué riesgo hay en que se experimente? — En que se experimente no hay riesgo; en que no se salga bien de la prueba está el riesgo. — ¿Tan contingente es la victoria? — Sí, tan contingente; y más hecha por una joven inexperta, y acaso ciega con la pasión del amor. — ¿Pero las pasiones no se pueden sujetar á la razón?

—Sí, pero no siempre, y mucho menos cuando no tenemos testigos de nuestras debilidades. — Según eso, la prueba de que me hablas se debe hacer á solas con los hombres para calificar su honradez. — Que se debe, no diré; pero sí que la soledad la facilita sin equivocación. — Ya me desespero por saber qué prueba es esa tan arriesgada por una parte, y por otra tan segura. — Y yo ya conozco lo que ha excitado tu curiosidad. Voy á satisfacértela. Has de saber...

—¡Señores, corran sus mercedes, que se ha caído de la escalera la señora Beata y se ha medio matado!

El furioso grito que dió la criada cuando entró con esta noticia, deshizo la conversación. Todos nos levantamos apresurados, especialmente doña Matilde, que había estado en ella como de palo, gustando de la instrucción de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y más cuando recae en nuestros deudos

ó amigos, no fué mucho que ésta fuese la primera en levantarse y salir corriendo á favorecer á su tía.

Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera ya había levantado á la dolorida beata y la subía apoyada en su brazo. No fué cosa de cuidado el golpe, pues sólo se lastimó ligeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala se sentó, se le dió una poca de agua fría por el susto y unos bizcochitos con un traguito de vino por la debilidad, con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante y se volvió risa la memoria de la caída.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo doña Matilde:

—Pero tía, ¿qué negocio trajo á usted hoy á casa, que venía ó tan distraída ó tan de prisa que se cayó de la escalera? — ¡Ay mi alma! un asunto de suma importancia, cual es el avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que como ustedes no han parecido por allá desde el día de las honras de Pamela, no han sabido nada. — ¿Pues qué ha sucedido, tía? — ¡Qué ha de suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir, porque al fin Pamela no era gente ni lo soñó en su vida, aunque no le faltaba más que hablar. — Pero, señora, ¿qué clase de espantos son esos? — ¡Terribles, don Ro-

drigo, sí, terribles! ¡Sobre que han andado buscando casa todos estos días, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, aunque sea á una accesoria ó á una casa de vecindad! — ¿Tan grandes son los espantos? — Sí, señor; ¿le parece á usted poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo? — ¡Al diablo! — Sí, señor, al diablo; al mismito diablo vió la pobre muchacha. — ¿Y qué señas dice que tenía? — ¿Cómo qué señas? Tenía su cara muy fea, sus cuernos, su cola y sus zancas largas. — ¿Y en dónde lo vió? — ¿Cómo en dónde? En su recámara, como á las dos horas de haberse acostado. — Pero díganos usted, doña María; ¿qué, bebió más vino después que nos despedimos? — ¿Qué vino había de beber? Ni lo volvió á probar. — ¿Y en qué paró el espanto? ¿cómo se deshizo la visión? — Porque á los gritos de ella despertaron todos y se levantaron para acompañarla. — ¡Válgate Dios por los espantos! ¿Y lo ha vuelto á ver otra noche? — Sí, señor; á la segunda noche lo volvió á ver más grande y más feo que la primera. A sus gritos y los de la criada que la acompañaba, entraron mi sobrina y su marido en su recámara, y se desapareció el enemigo. A la tercera noche ya no tuvo valor Pomposita para dormir allí. — Con razón, dijo doña Matilde; yo tampoco hubiera dormido; pero ¿qué hizo? — Se fué á dormir á la asistencia, y allí también la persigue el maldito. — ¿Es posible?

— Como te lo digo, niña. A las doce de la noche le empezaron á tocar la pared de la cabecera, y no es que sea San Pascual Bailón que le avisa que está cercana su muerte, porque ella jamás ha querido ser su devota por no oír esos toquidos; y así ¿quién puede ser sino el duende que ha cogido á cargo á la infeliz muchacha?

— Así es, dijo el coronel; el diablo son los duendes. ¡Pobre de mi sobrina! — Vea usted si tiene razón de quererse mudar. — ¡Ya se ve que la tiene, y sobrada! Esto de ver el diablo en cuerpo y alma, y oír golpes en la cabecera no es cosa de juguete. ¿Y qué dice Pomposita de esas cosas, y su madre también? — ¡Qué han de decir, sino que son avisos del cielo! y ya las dos han resuelto mudar de vida.

— Eso siempre es muy bueno; pero si el diablo hubiera sabido lo que había de suceder, no se mete en espantarlas, porque no le tiene cuenta que se convierta ninguna alma; mas al pobre no le dió esto por las narices y se ha llevado un buen chasco.

— ¡Noramala para él! decía la beata; yo me alegro de que se haya pegado esa burla. — Cuénteme usted, tía, prosiguió Pudenciana, ¿y qué ha hecho mi prima al principio de su conversión? Pues, lo pregunto para cuando yo me convierta. — ¿Qué ha de hacer, niña? las dos se han ido á confesar, y ya Eufrosina no quiere tertulias; ya